

«lares para hacer casas que vayan á casa- muro por delante é por las espaldas, para «se poder salir de esta cibdad hasta la tierra firme, é que sea una acera de casas de «una parte é de otra de la calzada, hasta la «alcantarilla que llega á la dicha tierra firme (1)». Este fué el origen de la larga calle que corre desde la esquina del Puente de la Mariscalá hasta la *Tlaspana*, saliéndose de *la traza* y que hasta el día forma en su mayor parte una prolongación aislada hácia poniente. Desde S. Hipólito no tenía salida alguna para el lado norte, pues las que existen han sido abiertas en estos últimos tiempos.

Fué muy notable, y no ha sido explicada todavía de una manera satisfactoria, la considerable y casi repentina disminución de las aguas que rodeaban la ciudad. Todos saben que el estrago de la *Noche Triste* fué ocasionado por la aglomeración del ejército español en la calzada, comparativamente estrecha, que empezaba en el Puente de la Mariscalá, donde estaba la primera cortadura, de manera que desde allí hasta cerca de Popotla había agua por ambos lados. Pocos años después vemos que se conceden

[1] No consta la fecha de este acuerdo: se habla de él como de cosa pasada, en el cabildo de 3 de Agosto de 1528.

solares para casas á uno y otro lado de esa vía, y lo que es más, se señalan huertas, no en una sino en varias hileras, unas á espaldas de otras. Por el S. O. ocupaba el agua casi todo el terreno desde el cerro de Chapultepec hasta invadir una parte de lo que ahora es la Alameda, y ya en tiempo de Cervantes no se hace mención de aguas por allí sino de ejidos de la ciudad (1). Según Torquemada (2), la disminución de las aguas comenzó á notarse desde el año de 1524, y la atribuye principalmente á haber atajado los españoles, para el riego de sus sementeras, los arroyos y ríos que entraban en las lagunas, y también á haberse recogido para el consumo de la ciudad las aguas de Chapultepec y Santa Fé, que antes se derramaban en los alrededores. Mas á juicio de Henrico Martínez (3) la causa fué que como los indios cultivaban poco terreno en las alturas, y no tenían caballos ni ganados, ni araban la tierra, ésta se mantenía dura y apretada, por lo cual los aguaceros no la arrasaban á los lugares bajos. Lo contrario sucedía después de la venida de los españoles,

[1] Sobre la antigua extensión de las lagunas, véase OROZCO y BERRA, *Memoria para la Carta Hidrográfica del Valle de México*, pág. 112.

[2] Lib. III, cap. 28.—La noticia viene originalmente del P. Motolinía, *Hist. de los Indios*, trat. III, cap. 8.

[3] *Reportorio de los Tiempos*, trat. III, cap. 15.

porque ellos lo araban todo, incluso las laderas, y sus ganados pisaban y removían el terreno, de tal suerte, que las aguas llovedizas llevaban mucha lama y tierra á las partes bajas, que por lo mismo se iban elevando, mientras los altos se descarnaban y dejaban descubierto el *tepetate*. Este efecto de las aguas llovedizas es innegable; pero no conduce á explicar la disminución de las lagunas: el limo que venía de los altos hacía elevar el fondo y derramar las aguas sobre la ciudad, como de hecho habría sucedido, si el suelo de ella no se hubiera ido elevando á la par como lo vemos. Concediendo á la labor de la tierra la importancia que le da el célebre autor del desagüe, podría decirse que la tierra floja y removida absorbía una cantidad de agua mucho mayor, y por eso recogían menos las lagunas. Las causas de la rápida disminución de éstas, después de la conquista, fueron sin duda varias, y algunas puramente transitorias, pues de haber continuado obrando todas con igual eficacia, ya no quedaría de los lagos más que la memoria. De todos modos es notable que se fijó el año de esa disminución, pues de ello se infiere que se verificó de una manera repentina y no gradual. En lo interior de la ciudad los españoles cegaron la mayor parte de las acequias,

dejando sólo algunos ramales principales, como el que corría por la calle de la Acequia (ó del Colegio de Santos), costado del Palacio, Portal de las Flores &c., é iba á juntarse con otro que atravesaba por las calles de S. Juan de Letran, Sta. Isabel y demás de la misma línea. Pasaba también otra acequia por las calles de Jesús, Arco de S. Agustín, S. Felipe Neri y Puente Quebrado, hasta juntarse con la anterior (1). Estas acequias principales han ido desapareciendo sucesivamente, y las pocas que quedan están en los suburbios. Pero aquellas dejaron un recuerdo de su existencia en los muchos nombres de *puentes*, que aún tenemos en calles donde no hay ya ni señales de canal.

Carecemos todavía de una historia particular de la ciudad de México, en que se refieran las variaciones que ha experimentado desde la conquista. Verdad es que el P. Andrés Cavo, jesuita, escribió en Roma una *Historia Civil y Política de México* de que D. Carlos M.^a de Bustamante hizo aquí en 1836 una impresión tan descuidada como todas las suyas con el título de *Los Tres Siglos de México durante el Gobierno Español, hasta la entrada del Ejército Trigarante*.

[2] SIG ÜENZA, *Piedad Heroica*, cap. 3, n.º 22.

te (1). Pero esta obra, aunque dedicada al Ayuntamiento de México, y escrita en vista de los datos que se suministraron por su Secretaría, no es propiamente una historia de la ciudad, pues fuera de la cansada enumeración de los alcaldes y regidores que cada año eran elegidos, apenas contiene noticias peculiares á la ciudad, sino que se difunde en las del país entero. Sólo alcanza hasta 1767, fecha de la expulsión de los individuos de la Compañía de Jesus.

El Sr. Alamán, en sus *Disertaciones*, fue el primero que ilustró de propósito la materia con eruditas y laboriosas investigaciones. Las rectificó y amplió en parte el Sr. Orozco y Berra, primero en el artículo *México* del *Diccionario Universal*, y luego en la *Memoria para el Plano de la Ciudad de México*, que imprimió en 1867. Pero ni uno ni otro escritor trataron de formar un cuerpo completo de Historia. Sus estimables trabajos sólo se refieren á una parte de la ciudad, y no han sido bastantes para fijar algunos puntos capitales. Todavía se disputa acerca de los vedaderos límites del

[1] Son 4 tomos en 4.º menor: el último es de 1838. Los dos primeros comprenden la obra del P. Cavo: los otros dos el Suplemento de Bustamante. Todo se reimprimió en un volumen de letra menuda y pésima, [México, Navarro, 1852], y últimamente, con mejor apariencia, en otro volumen 4.º mayor, [Jalapa, Ruiz, 1870]. Aún se desea una buena edición de esta obra.

gran templo de Huitzilopochtli, y no se ha hecho de una manera satisfactoria la delineación ó restauración gráfica de la plaza mayor, cual estaba á mediados del siglo XVI.

Mas no es de extrañar que tan diligentes escritores dejásen vacíos, y alguna vez incurrieran en equivocaciones. La materia no puede ser más oscura, porque los datos para tratarla son sumamente escasos, y los que hay se hallan esparcidos en multitud de obras y papeles, y como perdidos entre un cúmulo de noticias ajenas al asunto. Aun suponiendo la posibilidad de adquirir todas esas obras, muchas de ellas rarísimas, y la paciencia, tiempo y discernimiento que se necesitan para la coordinacion y exámen de lo que en ellas se encuentra, tampoco se habría logrado el objeto, porque no se tendría lo bastante para aclarar todas las dudas. México, ya lo hemos dicho, no ha tenido cronistas especiales, que preparen materiales bien coordinados: casi todo ha quedado en noticias sueltas, ó lo que es peor, encomendado á la memoria de los vecinos. Las ciudades experimentan continuas variaciones: una calle nueva que se abre, unas casas que se reedifican, una acequia que se ciega, una plaza que se ocupa con edificios, la menor variación en el alineamiento, pueden cambiar totalmente el aspecto de un lu-

gar de la ciudad, y meter en mil conjeturas á los pósteros, que no aciertan á concordar lo que leen con lo que están viendo, pues los planos no están al alcance de todos, ni pueden marcar tampoco ciertos pormenores de los lugares. Los contemporáneos se figuran que por ser para ellos una cosa tan clara, lo mismo ha de suceder á los que vengan después. No hay quien ignore, por ejemplo, la famosa historia del salto de Alvarado: de cuyo capitan se cuenta que habiendo llegado en la terrible retirada de la *Noche Triste* á la tercera cortadura de la calzada y no hallando otro medio de salvar la vida, apoyó su lanza en el fondo, y con un desmedido salto, logró pasar al otro lado del foso. Aunque el hecho es más que dudoso y parece inventado posteriormente, dió, sin embargo, nombre á la calle que todavía se llama del *Puente de Alvarado*. Allí se veía, no ha mucho, una zanja que indicaba el lugar del suceso. Atravesaba la calle precisamente por el zaguán del *Tivoli del Eliseo* y por el jardincito enverjado que queda enfrente y da entrada á la casa núm. 5: el puente se hallaba *tras* de los arcos del acueducto, es decir, contiguo á la acera que mira al norte: la parte de afuera, al norte de los arcos, estaba empedrada y á nivel. Hoy no existen arcos. ni cortadura, ni puen-

te: toda señal ha desaparecido, y cuando hayamos desaparecido también los que hemos sido testigos de tal mudanza, perecerá la memoria del lugar donde se hallaba el famoso *Salto de Alvarado*. Así ha sucedido y sucederá con muchos lugares de nuestra capital, unidos á recuerdos históricos, porque nadie cuida de conservarlos por medio de una sencilla inscripción. Pero qué mucho, si las que existen en varias partes se han borrado ó destruido, ya por ignorancia, ya por el necio empeño de quitar de la vista todo recuerdo de la dominación española; como si á ella no se debiera casi todo cuanto existe en la capital, y algo más de que nosotros hemos dado después buena cuenta.

Los archivos de las corporaciones religiosas, de algunas civiles, y de los establecimientos de caridad, que tanta luz pudieran darnos, han desaparecido al soplo de las revoluciones. El general de la nación contiene poquísimos documentos del siglo XVI, y el de la municipalidad, probablemente el más rico de todos para nuestro intento, no es accesible sino mediante ciertas formalidades á que no todos están dispuestos á sujetarse. Por fortuna el público disfruta, aunque sólo en pequeña parte, de uno de los principales documentos para la historia de las variaciones de la ciudad, como son los

Libros de Actas del Ayuntamiento, conocidos con el nombre de *Libros de Cabildo*, y que comienzan en Marzo de 1524 [1]. Pero nos faltan los tres años anteriores, que son precisamente los más interesantes para seguir los pasos de la reedificación. Los datos que ofrecen los que existen son bastante confusos, porque las indicaciones de lugares se refieren á otros tan conocidos entonces como ignorados hoy. Las calles tomaban por lo comun el nombre del vecino principal, y al concederse un solar se demarca expresando los nombres de los colindantes. Sin embargo, con perseverancia y sagacidad, pudiera sacarse mucho partido de esos libros:

Para las investigaciones de que estamos hablando, nada sería tan útil como la vista de planos antiguos, pues el más tosco dibujo da en un momento mayor luz que las descripciones más prolijas. Desgraciadamente, todos los planos de la ciudad que existen son de fecha comparativamente moderna, y de nada sirven para conocer lo que

[1] Corren varias copias manuscritas de los más antiguos. Tengo una del primero, que ocupa 800 páginas en folio, escrita toda de mi mano, cotejada esrupulosamente y adornada con facsímiles de firmas y muestras de letra del original. Por lo cual la prefiero á la impresión que modernamente se ha hecho en el «Boletín Municipal», tan fea como descuidada. En iguales términos se ha impreso el segundo libro y se imprime el tercero. La publicación de nuestros monumentos históricos ha caminado con desgracia: se ha hecho poco y mal.

existía á mediados del siglo XVI, De ese siglo hay á la verdad algunos; pero son dibujos de puro capricho, y es lo mismo que si no los hubiera. Los más antiguos que menciona el Sr. Orozco [1] son de principios del siglo XVIII, y por lo mismo inútiles para nuestro objeto. El Sr. Alamán emprendió formar uno, comparando «el actual estado y forma de la ciudad con la que se le «dió cuando se reedificó [2];» mas no llegó á concluir su trabajo, y si algo existe de él, como se asegura, yo no he logrado tenerle á la vista, aunque lo he procurado.

La descripción de nuestro Cervántes [3] ofrece, sin duda, datos preciosos; pero no es completa ni tan clara, que pueda comprenderse bien sin el auxilio de notas tomadas de otras fuentes. Conforme los interlocutores van hablando de los diversos lugares por donde pasan, he añadido algunas explicaciones relativas á esos mismos lugares. No es mi ánimo completar la descripción de la ciudad, sino facilitar la inteligencia del documento que presenta para ayudar á formarla. Pero sea porque realmente falten datos, ó porque yo no he sabido aprovechar

[1] *Memoria para el Plano de la ciudad de México*, pág. 6.

[2] *Disertaciones*, tom. III, pág. 15.

[3] Se refiere á la que Cervántes Salazar hizo en sus *Diálogos* relativos á la ciudad de México en 1554, publicados con notas por el Sr. García Icazbalceta en 1875.—N. E.

los conocidos y descubrir otros nuevos, es lo cierto que la mayor parte de mis notas no sirven más que para presentar dudas, sin llegar á resolverlas. No me culpe, sin embargo, por ello el lector; antes bien agradézcame lo poco que le digo, pues le aseguro que me ha costado más trabajo que el que parece haber sido necesario para tan pobres anotaciones. Mas lo que deja una verdadera impresión de tristeza, es advertir que casi todas las que se refieren á edificios que acreditaban la piedad de los beneméritos vecinos de la ciudad naciente, terminen con la noticia de su destrucción en nuestros tiempos de ilustración y progreso, sin que me haya sido dable templar esa amargura, refiriendo la fundación de otros más útiles y espléndidos. Cuando aún no se conocía el nombre de «Establecimientos de Beneficencia,» de hecho se levantaban y dotaban ricamente á impulsos de la Caridad; hoy, en nombre de no sé qué civilización, se han destruido muchos y si se mantienen otros que son indispensables para la vida de una gran ciudad, es con mil fatigas y no á costa de las generosas y libres donaciones de las almas buenas, sino á fuerza de impuestos onerosos, que si alivian algunas miserias, llevan en cambio á muchas casas la desolación y la ruina.



LA ANTIGUA PLAZA
DE LA CIUDAD DE MÉXICO.

LAS notables variaciones que ésta ha tenido desde la reedificación de la ciudad hasta nuestros días, darían asunto á una disertación bien curiosa, si tuviéramos los materiales necesarios para formarla. El Sr. Alamán trató de propósito esta materia en su Disertación VIII, y me parece que incurrió en algunas equivocaciones del P. Pichardo, y de no haber distinguido las obras de diversos tiempos. Por las noticias que da en esa parte de su obra se viene en conocimiento de que admitía la existencia de varios grupos ó manzanas de casas en lo que ahora es plaza, de tal manera que ésta quedaba dividida en dos: una frente á las casas de Cortés en el Empedrado, y otra delante del que ahora es Palacio Nacional. En ésta última, al lado que ve